

“SUBIMOS TODOS ARRIBA, ERA UNA LOCURA. LE PUSE UN SALVAVIDAS A MI ESPOSA. TRATABA DE CALMARLA, PERO SABÍA QUE TIRARNOS AL AGUA TAMBIÉN ERA PELIGROSO”



(Viene de la página 10)

germe de la humareda. No nos dio tiempo siquiera a ir a los camarotes para coger los salvavidas”.

En ese instante comenzaron a darse cuenta de la seriedad de la situación. “Se subió todo el mundo arriba, era una locura... Íbamos cogiendo los salvavidas que había distribuidos por el barco. Le puse uno a mi esposa y otro me lo quedé yo. Hasta que pudimos bajar a la proa, justo en el lado contrario de donde estaba el foco del incendio”. El barco, mientras, se iba acercando a la ribera. “Yo trataba de calmar a mi esposa y al resto. Todos los que ya estaban en el primer piso se tiraron al Nilo... Seguía tranquilizando a Dolores, la decía que lo que teníamos que hacer era saltar, siendo conscientes de que corríamos cierto peligro. Al final subimos a la barandilla, nos dimos la vuelta y nos tiramos al agua”.

CON LO PUESTO

Por supuesto, se tiraron con lo puesto. Presa de las llamas quedaban todos sus efectos personales, ya que les había sido imposible, por el grave peligro que corrían, acceder al interior de los camarotes. Ni siquiera lo pudieron intentar. Pero desde que se tiraron al agua contaron con la inestimable ayuda “de los lugareños, gente que puso todo lo que tenían a nuestra disposición y a quienes habrá que recompensar de alguna forma. Yo sé nadar; mi esposa, lo elemental”. Pero aun así y a pesar del barro y las cañas que les rodeaban, pudieron pisar tierra gracias a la cadena que aquéllos les ofrecieron. “Se quitaban los turbantes y nos los dejaban, además de las mantas que allí tenían. Sólo nos pidieron una cosa, los pobres, que no nos las lleváramos, porque no tenían repuestos”.

Rufo no sólo puede contarlo, ahora también recuerda alguno de los terribles momentos vividos con una sonrisa en su rostro. “Perdimos todo, pero eso es lo de menos. Fuimos a un dispensario muy precario y poco después nos trasladaron a un hotel de Asuán. Apenas nos dio tiempo a visitar Luxor, el día anterior, y poco más. La Embajada española en el país de los faraones se hizo cargo de todo. Ya en el aeropuerto de Barajas, casi volvían a la normalidad. Aún les queda la pesadilla del recuerdo.

César del Río • Fotos: Rebeca Arango

A EGIPTO PORQUE NO PUDIERON IR A LAS ISLAS GRIEGAS

La idea inicial no era realizar un viaje a Egipto, pero la falta de plazas en un crucero por el Mediterráneo junto a un inseparable grupo de seis u ocho amigos possibilitó que, al final, cada uno planeara una semana de placer de forma individual. “En principio íbamos a recorrer algunas de las islas griegas, pero al no haber plazas, mi esposa y yo, que no conocíamos Egipto, nos decidimos por este viaje”. A pesar del infortunio, tuvieron más suerte que el joven **José Luis Carpio**, cuyos restos mortales serán enterrados junto a los de su madre en el cementerio municipal de la localidad ciudadrealeña de Alcázar de San Juan, localidad de la que era natural, tal y co-

mo informa la agencia Efe. Mientras, su familia se plantea la posibilidad de ejercer acciones legales contra la compañía propietaria del crucero “Kempiski”, por la falta de medidas de seguridad de la nave.

El padre del fallecido, **Ofelio Carpio**, afirmó que la muerte de su hijo es, en realidad, “un asesinato, porque no se puede contratar un crucero de lujo y encontrarse con que los servicios de extinción de incendios no funcionan”. José Luis se tiró al agua desde el interior de su camarote, que estaba justo frente al lugar donde se inició el fuego, por lo que no pudo salir.